

ESTE PERIODICO

se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 re. ites.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION

y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

DIRICIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES ITES.

EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

Caricaturista: Bayaceto.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

Caricaturista: Landaluze.

LA ELOCUENCIA.

Dice Voltaire que la ciencia de que voy á ocuparme, ahora que nada tengo que hacer, nació ántes que la retórica, como se han formado las lenguas ántes que la gramática.

Y bien: por aquello de que la ignorancia siempre fué atrevida, yo iré mas lejos que Voltaire, diciendo que la retórica no ha hecho dar un paso á la elocuencia.

No por esto se crea que trato de enmendar la plana á los maestros. Lo que hay es que Voltaire habló de la elocuencia de la palabra, que es la que ha inmortalizado á Demóstenes y á Mirabeau, miéntras que yo aludo á la elocuencia de los hechos, que es la que ha dado, por muy diversos caminos, celebridad á Erostrato y á Mr. Peabody, y sobre la cual no han dicho esta boca es mia, ni Tisias, ni Platon, ni Aristóteles, ni Ciceron, ni Quintiliano, ni el mismo Cormenin, preceptista moderno que ha encontrado bastantes géneros de elocuencia desconocidos de los griegos y de los romanos.

Podrá negarse por algunos que exista esa elocuencia, sobre la cual nadie ha legislado; pero semejante negativa no probará mas si no que, en este mundo, hay gente para todo. En cuanto á mí, harto estoy de oír exclamaciones como estas: «Ese hecho pinta con grande elocuencia el carácter de tal ó de cual nacion! ¡Hechos como ese, hablan muy elocuentemente en pró ó en contra de este ó de aquel individuo!

Existe, pues, la elocuencia de los hechos, parenta muy cercana de la que hemos dado en llamar elocuencia de los números, y si nadie ha hecho sobre ella la aplicacion del *ithos* y el *pathos*, por no permitirlo sin duda la natura-

leza complexa del asunto, eso no quiere decir que yo deba renunciar al derecho de admitirla y tratarla como se me antoje.

En la elocuencia de la palabra, todas las materias y medios de persuasion tienen su fundamento en tres ideas: la de lo *justo*, la de lo *útil* y la de lo *bello*, y de ahí se derivan los tres géneros de elocuencia que los antiguos llamaron *forense*, *deliberativo* y *demonstrativo*. Estos tres géneros, como las tres ideas de que toman origen, se hallan tambien en la elocuencia de los hechos, aunque por razon del positivismo reinante, me inclino á creer que hoy la noción de lo *útil* se ha encaramado sobre las de lo *justo* y de lo *bello*.

Tenemos, pues, en boga el género *deliberativo*, que es el que corresponde á la idea utilitaria; pero con una lastimosa modificación de propósito; porque en el género deliberativo de la elocuencia de los hechos presentes, vemos con frecuencia el bien de muchos sacrificado el de uno solo, es decir, el interés público pospuesto al interés particular de los oradores que hablan por medio de sus obras.

Fijémonos en estas por un instante, prescindiendo de los individuos, para dar un carácter mas generalizador á nuestras observaciones, y se verá el fondo de razon ó de sin razon que puede haber en los ejemplos que nos sugieren.

Supongamos, v. g., que en una Aduana cualquiera, con un sistema dado de fiscalización, el movimiento mercantil de un año ha producido al Erario un beneficio de *x*, signo algebraico que empleo para ser consecuente en la idea de la generalización que me he propuesto.

Miéntras no se varie de sistema, ¿podrá

condenarse con entera justicia el que se sigue, por malos resultados que produzca? Es claro que no; pero, supongamos que se varia de sistema, y que con el nuevo, en igualdad de circunstancias, el Erario saca un beneficio de 3, 4, 6, ó mas *x*, es decir, el doble, triple, cuádruplo ó sextuplo de lo que ántes sacaba. ¿No se deducirá de la comparacion que ya podemos hacer, la ventaja que el nuevo sistema tiene sobre el viejo? Pues bien: supongamos que ese múltiplo de productos se obtiene hasta en condiciones mas desfavorables del movimiento mercantil, esto es, por ejemplo, que cada media tonelada de un año, ha producido tres, cuatro ó seis veces mas que cada tonelada entera del anterior. ¿Qué dirá la gente imparcial cuando eso se verifique?

Dirá y con razon: ¡ahí son á cual mas elocuentes los números y los hechos! ¡La elocuencia de los números ha herido de muerte el viejo sistema! ¡La elocuencia de los hechos, haciendo la mas brillante apologia de los nuevos administradores, habla muy alto en contra de los antiguos!

Y véase como todo un pueblo puede llegar á la persuacion de lo perjudicial ó de lo útil de un sistema, por el género deliberativo de la elocuencia de los hechos; que, sin *apóstrofes*, sin *reticencias*, sin *pretericiones*, sin *prosopopeyas*, sin *tropos* ó *metáforas*, sin *alegorías*, sin *onomatopeyas*, en una palabra, sin mas figuras retóricas que la *comparacion* y la *antítesis*, hunde para siempre á los preopinantes de la inmoralidad, levantando gloriosos pedestales á los probos servidores de la patria.

Ahora, si de este campo pasamos al de la política, veremos cuanto tiene de persuasiva

y commovedora la elocuencia de los hechos. Cavada y Quesada, por ejemplo, mandan quemar los ingenios y hasta las poblaciones donde ellos mismos se han guarecido. Tuñon llega con los foragidos que le obedecen al lugar donde residen su suegro y esposa. Esta no quiere seguirle á la manigua y él, en venganza, reduce á cenizas los bienes de su esposa y de su suegro. ¿No pintan estos infames hechos con elocuencia sublime el grado de desesperacion á que los desdichados *mambises* han llegado?

Pues variemos el prisma. Las expediciones piráticas, preparadas por los laborantes en países donde cuentan con simpatizadores, fracasan por la intervencion legal de los mismos que con ellos simpatizan; los periódicos que ántes ponian en las nubes á los emigrados cubanos, los ridiculizan y escarnecen ahora; las familias que voluntariamente se habian ido con los insurrectos, aprovechan la ocasion, cuando esta se les presenta, para volverse arrepentidas á sus casas. En Santa Clara el bello sexo muestra su afecto á los voluntarios, obsequiándolos con una preciosa bandera; en otro punto una familia cubana queda reducida á la indigencia por no acatar los caprichos de un *mambi* de su seno que la deshonra; en Taguayabon se ve á una heroica jóven cubana tambien, exponerse á morir valerosamente, por salvar la vida á un voluntario que cae herido, y á quien ella saca en sus brazos del lugar donde menudean las balas. ¿Qué quiere decir esto? Que los mas privilegiados génios de la palabra, en sus mas seductores arrebatos de inspiracion, no podrian pintar tan elocuentemente la firmaza del poder español, la justicia de la causa que defendemos y la confianza que todo el mundo tiene en el triunfo de dicha causa, como los hechos apuntados.

Y vaya quien guste á negarme ahora la elocuencia de los hechos.

EL MORO MUZA.

CONTESTACION

AL TIMES DE NUEVA YORK.

Un diario, que barrunta
En Nueva York la verdad,
Muestra su sinceridad
En la siguiente pregunta.
"Si el gobierno americano
Reconoce, nécicamente,
Al incendiario-insurgente-
Siboney-cubanacano,
Y un embajador flamante
Quiere á Céspedes mandar,
¿Dónde debe ir á parar
Ese buen representante?"
La cuestion, en suma es esta,
Y no juzgo estrafalario
Dar al curioso diario
Esta sencilla respuesta.
Suponiendo el disparate
De que un digno embajador
Ver quisiera al jugador
Que espera ya el jaque-mate;
Fácilmente se averigua
Que tendría el caballero
Que buscar algun sendero
Para entrar en la manigua.
Mas para que en torpe trampa
No venga el pobre á caer,
Diréle lo que ha de hacer
Si en la manigua se zampa,

Vestir debe como Adan
En la comarca salvaje,
Y si le pesa ese traje,
Tome el de San Sebastian.
Porque, segun el informe
De Jordan, *yankée* perfecto,
Allá en el campo insurrecto
Ya no se usa otro uniforme.
Las señoras, es patente
Que no discrepan en nada
De aquella que fué tentada
Por la picara serpiente;
Y ellos, ¡ay! dán en divulgarse
Que van de un modo á vestirse,
Impropio para batirse,
Si propio para bañarse.
Conque ya el embajador,
Si á Céspedes quiere hablar,
Sabe que ha de abandonar
La ropa..... y hasta el rubor.
Mire, pues, si esto le aguza,
Y acaba el relato fiel
Que al neoyorkino papel
Dá desde aqui.....

EL MORO MUZA.

MINUSCULO.

CATECISMO HISTÓRICO DEL SACRISTAN CLARINETE.

UNICA PARTE

que contiene burlescamente la Historia Calasimbo-Profana.

LECCION III.

P.—¿Quién fué el primer homicida en Cuba libre?

R.—Quesada que mató á Augusto Arango.

P.—¿Por qué le mató?

R.—Por envidia de la virtud que aun le permitia acogerse al indulto, cosa que no se concede á los ladrones y asesinos.

P.—¿Fueron malos como él todos los *mambises*?

R.—Todos lo fueron.

P.—Quedó algun hombre agradable á Céspedes.

R.—El único fué Lanza.

P.—¿Qué hizo el espíritu liberal para castigar á Cuba?

R.—Envió el Diluvio.

P.—¿Qué cosa fué el Diluvio?

R.—Un plazo de suspension de hostilidades, que duró cuarenta días con sus noches correspondientes.

P.—¿Qué les sucedió á los insurrectos?

R.—Que perdieron, al pretender jugar con los voluntarios en Villanueva y otros puntos.

P.—¿Y á los redactores de *El País*?

R.—Que se fueron con la música á otra parte.

P.—¿Qué se hizo de Lanza?

R.—Conservóle el gobierno en la Cabaña.

P.—¿Qué cosa es la Cabaña?

R.—Un castillo donde empezaron á purgar sus culpas los que se encastillaron en idea de la Independencia.

P.—¿Quién es el Noé cubano?

R.—El ministro Aguilera

P.—¿Se salvará Aguilera?

R.—No, porque huye hasta del agua bendita.

P.—¿Quiénes tomaron el pendingue?

R.—Bramosio, Nestor y otros de su secta.

P.—¿Y quién mas?

R.—Un par de pichones de cada especie *mambi*, que volaron á Méjico, Nassau, Nueva Orleans y otros puntos del globo.

P.—Los *mambises* ¿son hermanos?

R.—Es cuestionable, porque su fraternidad corre parejas con la de Cain.

P.—¿Qué cosa es la ley *mambi*?

R.—La iniquidad y la inconsciencia.

P.—¿Qué nos enseña tocante á Céspedes?

R.—El salvaje caciquismo.

P.—¿Y tocante á los habitantes de la Isla?

R.—Que se les quemén sus fincas, se les

roben sus hijas y mujeres, y todo se lo lleve la trampa.

P.—¿Y tocante á los mismos insurrectos?

R.—Que se hagan la guerra unos á otros y desenfrenen sus bárbaras pasiones.

LECCION IV.

P.—¿En quién se conservó la ley del embudo despues del diluvio de los cuarenta días?

R.—En la familia de los *laborantes*.

P.—¿Quién fué el *bicho* con quien Céspedes hizo alianza?

R.—El Marqués de Santa Lucía.

P.—¿Qué le mandó Céspedes?

R.—Que dejase el Camagüey y alborotase las familias.

P.—¿Y qué le prometió?

R.—Hacerle amo del serrallo del campamento.

P.—¿Qué otra cosa le prometió?

R.—Pagarle las deudas cuando hubiese Res-pública.

P.—¿Cuál fué la mayor cosa que le prometió?

R.—Mandarlo luego de embajador á la isla de San Balandran.

P.—¿Qué significa esto?

R.—No puedo explicarlo sin ayuda de Antoñito el de la «Pomada Regeneradora.»

P.—¿Cuál fué la señal de la alianza del Marqués con Aguilera?

R.—Un garrafon de ginebra de la Campana.

P.—¿Quién fué el pariente mas querido del Marqués de Santa Lucía?

R.—Pancho Javier Cisneros.

P.—¿Por qué lo mandó al extranjero?

R.—Por ver si organizaba piráticas expediciones.

P.—¿Por qué hizo Figueredo el sacrificio de su hija?

R.—Para probar su temple de alma..... de cántaro.

P.—¿Quién le dá mingo y bola?

R.—Mármol, que es enemigo de su propio nombre.

P.—¿Cuántos hijos tuvieron los suyos?

R.—Todavía no se sabe ni se podra saber hasta que no se salga de los embarazos de que habló no ha muchos días «EL MORO MUZA.»

(Es copia.)

MEFISTÓFELES.

(Continuara.)

DEBAJO DE LA CAMA.

NOVELA ORIGINAL DE BOABDIL EL CHICO.

CAPITULO VIII.

DOS MARIDOS CELOSOS.

Consolaba Concepcion á su amiga, asegurándola que su esposo se convencería de su inocencia; mirábala D. Frutos *escamado*, como decimos ahora, y el infeliz Gustavo sudaba la gota gorda bajo la cama, á pesar de ser invierno.

Pasó una hora lo menos, durante la cual no se oyó en el gabinete mas que el sollozar continuo de Felisa y los resoplidos de D. Frutos, que solia soplar cuando hacia reflexiones sobre algo que no le *entraba*, como suele decirse vulgarmente.

—Voy á decir que te dispongan una cama, dijo por fin Concepcion, rompiendo el silencio que á cada momento temía ver interrumpido por un nuevo estornudo del oculto amante. Te conviene descansar ahora, y á la mañana, si Frutos sigue bien, saldrá para buscar á tu marido y convencerle de tu inocencia.

Acababa de decir estas palabras cuando tres golpes dados á la puerta de la calle sorprendieron al matrimonio.

—¿Han llamado para aquí? Preguntó don Frutos.

—Creo que sí, dijo Concepcion.

Y en esto oyeron la voz de la criada, que preguntaba desde el balcón de la sala inmediata:

—¿Quién es?

Desde el gabinete no se oyó la contestación.

—¿Quién llama? Preguntó Concepción.

—Creo que es el marido de Dña Felisa,

—¡Mi marido! Exclamó ésta. ¡Va á matarme!

—Señora! Dijo D. Frutos y añadió dirigiéndose á Concepción: dí á María que abra la puerta.

Gustavo al oír que era el marido, tembló mas que nunca. ¡Qué situación si le descubria entonces! ¡Dos maridos celosos, y ambos ofendidos por él. Aquello era peor que estar en una jaula de fieras.

Apenas se había oido abrir la puerta de la calle, cuando ya entraba en la habitación el marido de Felisa. Se conocía que había subido la escalera á tramos.

Era un hombre de cuarenta años, próximamente, ni guapo ni feo; una vulgaridad con sombrero de copa.

Sin embargo, en su fisonomía se notaban esos rasgos vigorosos que caracterizan al hombre de mal génio.

Y entró en casa de D. Frutos probando que aquellos rasgos no mentían. Aquel no era un hombre, era una pantera de Java con levita.

D. Frutos, antes de entrar él, había dicho á Felisa y Concepción que pasasen al otro gabinete.

—¿Dónde está? ¿Dónde está esa infame? Gritaba D. Juan, pues ya sabemos que así se llamaba el marido de Felisa.

—Entra, entra y tranquilízate, dijo don Frutos, que empezó á vestirse, haciendo extremerse al infeliz Gustavo, causa de todas aquellas escenas.

—Pero está aquí; ¡no es verdad? Preguntó D. Juan.

—Sí, hombre, sí, contestó D. Frutos saltando de la cama. Síntate, pues tenemos que hablar largamente.

D. Frutos que, como es natural después de un cólico, no se sentía enteramente bueno fuera de la cama, estaba con un humor de esos que se llaman de todos los diablos. Y aturdido metió una pierna por una manga de la bata, creyendo que eran los pantalones.

D. Juan se había sentado en una butaca y golpeaba violentamente en la estera con el bastón.

—¿Dónde demonios andarán las zapatillas? decía entre dientes D. Frutos.

Gustavo vió llegada su última hora, porque tenía las zapatillas, que eran de alfombra, bajo el codo en que se apoyaba contra el suelo. D. Frutos miró debajo de la cama, y gracias á que en aquel momento D. Juan se levantó pasando por delante de la luz y proyectando una oscura sombra, no vió don Frutos al casi exánime Tenorio.

Por fin, D. Frutos, viendo que las zapatillas no parecían decidir ponerse las botas que se había quitado para acostarse y apenas se las había puesto, le ocurrió á Gustavo la desgraciada idea de sacar de debajo de su codo las zapatillas, lo cual no había hecho hasta entonces por no descubrirse con algún ruido, y colocarlas junto á la mesa de noche.

D. Frutos reparó en ellas, y poseido de esa incomodidad que produce el hecho de encontrar una cosa cuando ya se ha desistido de buscarla, cogió las zapatillas y las arrojó con tal violencia debajo de la cama, que á poco mas sale sin narices de aquel sitio el desventurado Tenorio, quien ahogó el grito que el dolor debía arrancarle.

—¿Dónde está? Preguntó D. Juan, así que D. Frutos salió al gabinete.

—Eso debe importarte poco. Sé lo que ha sucedido por ella misma, y verdaderamente, al oírla, cualquiera asegurará que es inocente.

—Oye, Frutos, dijo D. Juan, yo tengo mal carácter, lo conozco; soy celoso, lo confieso también, pero cuando tropieza uno con pruebas palpables, de esas que no dejan lugar á duda..... Mira, añadió sacando del bolsillo las tres cartas, léelos y dime después si es ó no justo que yo la mate. ¡Es una infame! Y en cuanto á él..... ¡Ah! ¡A él, yo le encontraré!

—A qué hemos de decir que él no sabía lo que le pasaba?

D. Frutos cogió las cartas y las leyó en voz alta. Gustavo oyó aquellas frases llenas de dulzura que él había estampado, y en medio de su desesperada situación, no pudo menos de hacerse justicia exclamando para sí:—¡Caramba! ¡Qué bien escritas me salieron esas malditas cartas!.....

D. Frutos después que las hubo leido, quedó casi plenamente convencido de que Felisa, en efecto, había faltado á su marido, y hasta estuvo á punto de confesarlo.

Afortunadamente no lo hizo así, y procuró desvanecer la certidumbre de D. Juan, diciéndole que las apariencias engañan, cosa que nunca creyó el celoso D. Frutos, y menos entonces, que veía en las cartas una prueba evidente de que Felisa engañaba á don Juan.

—Puede Vd. figurarse, decía un párrafo de aquella carta, la felicidad que inundará mi corazón, al saber que Vd. por fin, se decide á concederme una entrevista.....

—Podía estar más clara la prueba?

Y esto era lo que con justicia lógica decía D. Juan, que era difícil de dejarse convencer por nadie y menos aun por D. Frutos, que decía sin convicción que aquello podía ser solo una apariencia.

—Te ha contado esa infame cómo encontré estas cartas?

—Sí, lo sé todo.

—Pues he hecho prender á la criada.

—Me parece muy bien.

—Y si no me descubre todo lo que haya de cierto en estos amores, emprendo la causa contra ella y la echo á galeras.

—Muy bien pensado.

—Ahora está en casa del Alcalde de barrio, y sale de allí para la cárcel si no me descubre quién es el galán de este enredo infame.

—Eso es lo que debes averiguar ante todo..... es decir, si ese galán existe, porque..... ¿quién sabe? las apariencias muchas veces engañan y..... en fin..... no todo lo que parece.....

Todo esto lo decía D. Frutos con una vacilación tal y tan convencido de la culpabilidad de Felisa, que solo con oírla habría cualquiera comprendido la convicción que tenía de que D. Juan era vilmente engañado por su esposa.

—Yo comprendí al momento que ella había venido aquí. Y creo que he hecho perfectamente en arrojarla de mi casa!

—¡Perfectamente! Exclamó D. Frutos. Y añadió luego..... es decir..... ¿quién sabe?..... las apariencias.....

—Yo te ruego que la tengas aquí esta noche. Mañana la envío con su familia á Burgos.

—¡Bien pensado! Es decir..... antes debías convencerte.....

—Si sigue en Madrid, la mato. Pero á quien mataré de todos modos será á él..... al pícaro seductor, yo te lo juro.

—Sí, á él debes matarle..... dijo Don Frutos, que se ponía por un momento en el caso de D. Juan, y sentía que la sangre le reto-

zaba en el cuerpo, á él sí. ¡Yo haría lo mismo!

Figúrate, lector, el buen rato que Gustavo pasaría oyendo esos consejos. Un sudor se le iba y otro se le venía y se ponía amarillo, verde, rojo, de todos los colores posibles.

—Me marchó á la Alcaldía á ver si logró que esa mujer me descubriera todo el hilo de la infamia.

—Vé con Dios, Juan; pero ante todo..... no te fies de las apariencias, mira que muchas veces.....

—Adios, dijo D. Juan, y dí á esa ingrata, añadió en voz alta, para que ella lo oyese, que acabó para mí, que me avergüenzo de haberle dado mi nombre.

Dicho esto salió. D. Frutos le acompañó hasta la escalera.

Gustavo que, con la cabeza apoyada en el suelo, había mirado desde su escondrijo al marido de Felisa, tuvo un momento de angustia que se hizo mayor luego.

En la precipitación de ocultarse, cuando D. Frutos llegó, había dejado sobre una silla su sombrero, en el cual afortunadamente no había reparado el marido.

Cuando Gustavo lo vió, creyó llegado su último momento, y estaba ya viendo á don Frutos reparar en aquel sombrero, sospechar, buscar luego á su dueño y encontrarle.

Esta inquietud aumentó cuando D. Juan, al marcharse, por tomar su sombrero, tomó el de Gustavo.

Si llega á ponérselo en el gabinete, ó en la sala, todo se habrá descubierto; pero, felizmente, D. Juan sentía demasiado calor en la cabeza, y no se lo puso hasta llegar á la escalera.

Gustavo, que comprendió lo que iba á suceder, aprovechó aquel instante en que el gabinete estaba solo, salió de debajo de la cama, cogió el sombrero de D. Juan, que era mucho mayor que el suyo, y volvió á meterse en su escondite, apabullando el sombrero para apoyar en él su cabeza.

Sucedió en este tiempo lo que era natural que sucediera. Cuando D. Juan fué á ponerse el sombrero, se le quedó en la coronilla.

—Este no es mi sombrero! Exclamó.

—Será el mío, dijo D. Frutos. ¡Pues no es! añadió luego sorprendido.

—Pues yo he traído el mío.

—¡Imposible!

—Te digo que sí!

—Entonces será ese!

—Cómo ha de ser, si ya ves como me queda?

—Pues de quién ha de ser, no siendo tuyo?

—Verás como el mío está en el gabinete.

Y volvieron al gabinete, y buscaron el sombrero, que, como es natural, no pareció.

—Lo ves! Dijo D. Frutos, que ya había empezado á sentir ciertas inquietudes.

—Pues te aseguro que yo he traído mi sombrero!

—Estás medio loco, no es extraño.

—Pero hombre ¡si estoy seguro!

—No seas tonto. ¡Vienes ahora de tu casa?

—No; de la Alcaldía.

—Pues allí lo habrás cambiado.

—Te digo que he traído mi sombrero!

—Hombre, no seas terco. ¡De quién había de ser ese?

—Qué se yo! Tienes razón, estoy trastornado; acaso no habré notado hasta ahora que este sombrero no era el mío.

Y se lo puso, y salió con él, puesto á modo de solideo sobre el occipucio.

Gustavo respiró con fuerza. Se había salvado por entonces.

(Concluid.)

SISTEMA PLANETARIO DE LA MANIGUA.



LOS MAYORES ENEMIGOS.

Siempre los principios de autoridad y de libertad han tenido enemigos, y siempre los tendrán, porque, fuera del terreno de las ciencias exactas, mientras haya seres que piensen, habrá divergencia de opiniones. Esta verdad está al alcance hasta del *mambí*, que es el animal bípedo que ménos se parece al hombre.

Y los adversarios de los citados principios, han formado siempre diversas categorías, pudiéndoseles graduar respectivamente de enemigos pequeños, enemigos medianos y grandes enemigos. Esto también lo comprende cualquiera que tenga uso de razon, y dicho se está con esto que aquí excluyo á los descendientes de los españoles que de buena fé pretenden ser sucesores de los siboneyes, como por ejemplo, los cazadores de Hatuey, que andan luciendo sus uniformes en Nassau, ya que no tuvieron bastante ánimo para lucir su intrepidéz en Cuba, porque no podemos conceder uso de razon á los blancos que á sí mismos se toman por indios, y ménos, naturalmente, á los que se figuran ser negros.

Esos indios ó negros que llevan los nombres de Céspedes, Quesada, Márquez, Aguilera y otros, no conocidos en los países tropicales del Africa, y que seguramente tampoco en Cuba se habrían oido antes del gran descubrimiento de Colon, me hacen á mí el efecto de aquel estúpido personaje que fué á un hotel, acompañado de un criado negro, y encargó que le despertasen temprano al dia siguiente. Sabido tendrán los que conozcan el cuento, que mientras el tal personaje dormía, hubo quien se divirtió en pintarle la cara con betun del que se emplea para las botas, y que al levantarse el buen hombre y verse la cara negra en el espejo, exclamó: ¡Vaya una ocurrencia que ha tenido el dueño del hotel! ¿Pues no ha ido á llamar al negro en lugar de llamarme á mí?

Pero, ahora que me acuerdo, ni aun indios de Cuba quieren ser los aspirantes á siboneyes, como lo prueba el hecho de titularse Cazadores de Hatuey, porque, si bien es cierto que el tal Hatuey murió en Cuba, también lo es que nació en Hayti, de donde se pasó á esta tierra en una canoa. Por cierto que el mismo Hatuey se avergonzaría, si viviese, al ver que toman su nombre los que con un vapor que anda diez y siete millas por hora, y provistos de riquísimo armamento, no han podido arribar á Cuba, como él lo hizo sobre la frágil naveccilla sacada del tronco de un árbol.

Es que los desdichados que reniegan de su sangre, manchan cuanto tocan.

Pues, como iba diciendo: toda idea tiene enemigos que se pueden dividir en pequeños, medianos y grandes, y como para hablar de todos se necesitaría mucho tiempo, voy á ocuparme solo de los últimos.

¿Quiénes han sido los mayores enemigos del principio de autoridad? Parece que aquí, lo natural es responder: «los liberales exaltados.» ¿Quiénes fueron, son y serán los ma-

yores enemigos del principio de libertad? También parece que aquí sería lógico decir «los absolutistas.»

Pues no hay tales carneros, suponiéndose que alguien tome por carneros á los absolutistas y á los liberales exaltados. A mi modo de ver, los mayores enemigos del principio de autoridad han sido, y lo serán siempre, los amantes de la tiranía, como tengo por los enemigos mayores del principio de libertad á los demagogos.

Verdad es que los extremos se tocan de tal modo, que los *ultras* de los opuestos bandos llegan á confundirse, como se confunden sus sistemas. No hay anarquía sin despotismo, y viceversa. ¿Qué extraño es, pues, que los demagogos puedan pasar por absolutistas y los absolutistas por demagogos? ¿Se ha visto nunca desorden como el que en Roma siguió al establecimiento del cesarismo, cuando los hombres llegaron á ser emperadores y á dejar de serlo según la voluntad de las guardias pretorianas? ¿Se ha conocido tiranía mayor que la que en Francia ejercieron hace cerca de ochenta años los liberales jacobinos?

Pero dejando á un lado por ahora esta consideración, é insistiendo en la de que toda causa perece por los excesos de sus secuaces, digo que, así como la caída del poder temporal se ha debido al *Non possumus*; así como la restauración francesa fué natural consecuencia de los desvaríos revolucionarios; así como el sistema constitucional de España, que era obra casi imposible en 1820, se hizo muy fácil después de las atrocidades que cometió Fernando VII, y así como acaba de perecer el partido republicano peninsular, gracias á los disparates de sus más impacientes miembros, así la palabra libertad ha llegado á causar miedo en Cuba, merced á la interpretación que los que aquí pasaban por liberales dieron á esa palabra.

¿Qué digo? Todos los hombres políticos de nuestra Península, sin excluir á los moderados, estaban de tal modo engañados con respecto á lo que aquí pasaba, por haberseles hecho creer las mentiras que han trastornado á mi amigo Bona, que muchos de ellos estaban dispuestos á dar mas de lo que se les pidiera, y los ménos expansivos llegaban á la asimilación con que hoy se contentarían algunos que todavía la echan de intransigentes.

Pero Céspedes por un lado, los ex-redactores de *El País* por otro; los héroes de las azoteas antes, los de Villanueva después, y los periodistas de la escuela liberal durante el diluvio, echándola de mas liberales que Washington, se propusieron probar que la libertad sería en esta tierra un azote mas que un beneficio, y lo hicieron tan á las mil maravillas que hoy, donde quiera que se oye decir, aunque sea en chanza, *Cuba libre*, se echa uno mano al bolsillo á ver si le han robado el reloj ó el dinero, ó tiende la vista en derredor, temiendo encontrarse algun infeliz que acaba de caer bajo el puñal de un libertador, cuando no las llamas de un devasador incendio, prendido por los que se titulan amigos de Cuba.

Es inequívocable que la verdadera libertad civil ha existido aquí siempre; pero si algún extranjero viniese un dia y preguntase: «Por qué no hay aquí libertades políticas? No quedaría poco sorprendido cuando se le dijese: «Porque no las han querido los liberales,» y sin embargo, esta respuesta sería el Evangelio.

¿Se deducirá de esto que Céspedes y comparsa no son liberales? No por cierto. Lo que hay es que esos liberales lo son tanto, que corren parejas con los defensores de la mas monstruosa tiranía. Tan liberales son, que proclaman y practican la libertad de la violencia, la libertad del asesinato, la libertad del robo, la libertad del incendio, todas las libertades, en fin, que como medidas salvadoras del principio de autoridad hubieran podido cruzar por el magín de Neron ó de Sardanápolo.

Una vez lanzados al campo de la exageración esos hombres, quisieron demostrar al mundo que, como cubanos, eran capaces de prestar á su país los servicios que habían prestado al principio de libertad, y en efecto, jamás Cuba tendrá ni ha tenido mayores enemigos que los cubanos que al grito de ¡viva Cuba! destruyen su población y su riqueza. El caso es que ellos gritan ¡Viva Cuba y muera España! mientras, los muy estolidos, hacen por matar á Cuba, y España concluye con ellos.

Tales son siempre los resultados de la exageración, aun invocando los mas sanos principios.

Es evidente, lectores, los ojos nada valen sin el intermedio de la luz; pero el exceso de luz les perjudica tanto, cuanto la oscuridad suele favorecerlos en determinadas ocasiones. Hay quien ciega con el relámpago, y encuentra el remedio de su mal en las tinieblas. ¿Deberemos por esto renunciar á la luz? No, por que sin la luz para nada servirán nuestros ojos; pero sí renunciamos gustosos á esa luz de la mal entendida libertad, que en los que gritan *Cuba libre* ha llegado á inspirar el amor al incendio, porque con semejante luz, todos acabaríamos por quedarnos completamente á oscuras, esto es, ciegos y pidiendo limosna.

EL MORO MUZA.

DERROTADO EN COMECARA Y OTROS PUNTOS, DONDE TUVO CENTENARES DE MUERTOS.

Mala la habista, frances,
En esa de Roncavalle.

Cára comida queriendo
Para estudiantes, no es guasa,
Y ser debió esa comida
Para *mambises* mas cara;
Allá, por Palopicado,
Que es palo cuyas picadas
Escuecen al que las prueba
Tanto, que siempre se rasca.
Entre Fray Juan por un lado,
Fraile con estrecha manga,
Y el Ramon, ramo muy grande,
Segun su nombre lo canta:
En fin, por los vericuetos,
Que entre valles y montañas
A Comecara conducen
Desde la vieja Enramada,



JUPITE

rayos contr

Cara comida buscaste,
Mambí de duras entrañas,
Y hubistes cara comida
En esa de Comecara.

Allí, Mambí desdichado,
De coraje haciendo gala,
Miéntras te encontrabas lejos
De nuestras tropas bizarras;
Invencible te creías,
Porque terror inspirabas
A los pobres habitantes
De la escondida comarca.
Insultabas á los hombres
O machetazos les dabas,
Por solo verlos inermes,
Yendo tu cargado de armas,
Y á las mujeres vencías
En descomunal batalla,
Alta gloria de mambises,
Que no puede ser mas baja,
Cuando fuiste sorprendido,
Y, segun noticias varias,
Muy mala, mambí, la hubistes
En esa de Comecara.

Pensabas tú, pobre diablo,
Que era segura la ganga
De comer, de pasearte
Y de hacer barrabasadas,
Y hasta pensaste, sin duda,
Que en tus guardidas extrañas
No te hallarían las tropas
Que el nombre español aclaman.
Mas jay!, el bravo Villate,
Hombre á quien no se le escapan
Las vueltas y las revueltas
Que das á lo Dinguidaina;
Supo donde tus maldades
Con tu pavor ocultabas,
Y órdenes sábias dictando
A los valientes que manda,
En Comecara te dieron
Paliza tan soberana,
Que..... mala, mambí, la hubistes
En esa de Comecara,

Por fin, viéndote atrapado,
Cuando ménos lo soñabas,
Tú que por costumbre vuelves
Siempre al peligro la espalda,
En resistirte pensaste,
Contradiciendo tus mañas,
Acaso porque el terreno
Sus favores te brindaba.
Pero el español soldado
Buscábate ya con ánsha.
Llevando el fusil ¡demonio!
Con bayoneta calada,
Y allí la cara comerte.
Que de vergüenza bajabas,
Pudo, si hubiera tenido
Tan estrambótica gana,
Mas te comió la partida,
Es decir, te rompió el alma,
Y..... mala, mambí, la hubistes
En esa de Comecara.

EL MORO TARFE.

ARSENAL INSURRECTO.

Nestor Ponce de Leon. Bergantín de á doce piezas, aunque de poco alcance, de *muy mala madera*; así fué que en su primer viaje por el proceloso mar de la insurrección *calasimba*, *asentó* la popa en el enmascarado *bajío* de «*La verdad*» y se le *quebrantó* la quilla. Aunque se puso en *rosca*, la maestranza ha informado que está *inservible*.

Carlos del Castillo. El falucho mas *retrechero* y atrevido con que cuenta la escuadra. Cuando andaba haciendo *singladuras*, y no

de balde, por el golfo de la «Caja de Ahorros» no se ostentó muy diestro, al negar la *conserva* que le pidió otro, el cual ofendido del *disimulo*, é *hipocresía* del «*Carlos*» lo *apresó*, mandándole á los mares de Fernando Póo, para donde hizo rumbó, después de pasar, con malísimo *cariz*, el estrecho de la *Cabaña*. Posteriormente, se ha sabido que este barco se ha fugado, metiéndose á contrabandista. Queda recomendado á los guardacostas españoles.

Pedro Martín: barco sobre el cual se concibieron las mas bellas esperanzas en la *soñolienta* república; pero el dia que *dejó* la grada, cayó con tan fea figura, que se quedó *dormido* sobre la banda de *estribor*: sin duda alguna no se la *calcularon* bien los centros: demás está decir que desde el principio fué un *mal barco*.

Primera Emilia: Fragata de cuarenta piezas: se construyó y navegó mucho por Cienfuegos. En su último viaje á New-York, como iba cargada de *trapos*, los convirtió en *pendones* que mandó á *tunear* á Cuba. Se dice que habiendo pedido auxilio últimamente al entrar en un puerto americano, se lo dió *tan bueno* un buque de su misma nación, que le *alijó* toda su carga, dejándola sin *trapitos*, *sin dinero* y hacieendo mucha agua por *sus fondos*, que no están muy limpios que digamos. Se ha dispuesto que *entre* en dique para *carenarla de firme*.

Florinda: Corbeta de construcción moderna; monta diez y ocho piezas de gran calibre: fina arboladura y una *guinda* magnífica. Dícese de este barco, pero no es verdad, que anduvo cruzando por las *aguas de Villanueva*. Lo que, sí, sabemos es, que el dia del aniversario del *berrio* de Yara, dado por *Carlos sexto de Majagua*, apareció por las playas de New-York completamente empavesada, ostentando en la *perilla* del *trinquete* ese *andrajo* de una sola estrella, nuncio de la malísima que la han de tener mas de cuatro que yo conozco.

Dicen que toda esta magnífica flota, debía hacer rumbo á *Casco*; pero como su almirante temía verse arrojado por la *corriente española al bajío* llamado *campo de la Punta*, los *ajuntados* han dispuesto que *no haya* *novecientos* por ahora; y no faltan personas que añaden, *y por siempre jamás* amen.

Al contemplar la *escuadra insurrecta* un contramaestre del Pizarro, dicen que cantaba con la mayor indiferencia aquello de

Tu tuviste en la mano
La cavernera,
Tu tuviste la culpa
Que se te fuera.

ALGHEBER.

(Continuará.)

LA MUJER POLITICA.

Niña de catorce abriles
Mentecata soñadora
Que tiene novios á miles
Aunque el amor la encocora;
Que no se somete al yugo,
Porque le asusta el mañana,
Y por conocer se afana
Las obras de Victor Hugo. ..

REPÚBLICANA.

Coqueta que admite á todos
Y á cada cual dá una prenda
Logrando por varios modos
Que al fin ninguno se ofenda.
Que quiere al sabio, al curial,
Al empleado, al artista,
Al pobre, al capitalista,
Y á todos los quiere igual.....

UNIONISTA.

Conservada solterona
Que no se rinde al *te quiero*,
Y solo un novio ambiciona
Que tenga mucho dinero;
Que ingresa en el matrimonio,
Para hacer una jugada,
Y si se la dán ganada
Se entrega al mismo demonio.....

MODERADA.

Mujer que quiere un amante
Que besa el santo al llegar,
O mas claro, que al instante
Vaya con ella al altar;
Que lo echa todo á barato,
Y aunque el novio se resista,
Si huye, le sigue la pista
Y le hace pagar el pato.....

PROGRESISTA.

Mujer que aunque esté en su casa
No deja el devocionario,
Y de continuo repasa
Las cuentas de su rosario.
Que vá constante al sermon,
Y que diría: *así sea!*
Si alguien tuviese la idea
De caer en tentacion.....

¡ESA ES NEA!!

BOABDIL EL CHICO.

MISCELANEA.

Vestrís era un excelente bailarin, á quien una persona dijo cierto dia: Señor Vestrís, usted tiene un hijo que ya baila mejor que V.

—Es claro; como que su maestro ha sido mejor que el mio, contestó Vestrís.

Por esta regla los hijos de Quesada deben dejar muy atrás á los bandidos de la Calabria.

Caballero, preguntó la otra noche á un vecino honrado un hombre de mal aspecto, ¿sabe usted qué hora es?—Las seis en mi revólver, contestó el honrado vecino.

Y sin replicar tomó soleta el curioso, que debia ser discípulo de Quesada.

Madama de Nemours recogió y educó á una niña huérfana. Cuando esta llegó á la edad de diez años, dijo un dia con la mayor sencillez: «Señora, estoy tan reconocida á los favores que usted me ha dispensado, que á todo el mundo le digo que es usted mi madre; pero no se inquiete usted por eso, pues yo no digo á nadie que soy hija legítima de usted, sino hija bastarda.»

Días pasados hubo un serio disgusto en la manigua, entre el malvado Céspedes y el aventurero Jordan.

—Señor Céspedes, dijo el aventurero norte-americano, si usted no me dá una satisfaccion, estoy dispuesto á batirme.

—¿Con quién? preguntó Céspedes.

—Con los soldados españoles, contestó el aventurero.

Y Céspedes, que sabe que Jordan le pro-

porciona un descalabro cada vez que dá una batalla, le colmó de satisfacciones para que no abandonase la manigua.

— Ya van realizando en parte sus deseos los que quisieran ver la poblacion de Cuba en el estado en que se hallaba cuando vino Cristóbal Colon. Treinta mil señoritas dice Jordan que andan desnudas por la manigua, y pide ropa para ellas, á lo cual se opone Céspedes, que, como buen siboney parece que tiene mucho gusto en ver á sus paisanas parodian-
do á las indias.

Los que hoy libertad proclaman
Son bien libertinos seres,
A juzgar por las mujeres
Que su ardor bético inflaman.
Las que señoritas se llaman,
Es ya pública opinion,
Que, con gran satisfaccion,
En cueros van tentadoras,
Y si eso hacen las señoritas,
¿Qué harán las que no lo son?

— ¿En qué se diferencian las señoritas insur-
rectas de las espadas de los insurrectos?

— En que las primeras están desnudas siem-
pre, y las segundas muy rara vez.

— ¿En qué se vé mas principalmente que la sociedad de la manigua es el polo opuesto de la sociedad culta?

— En que en la culta sociedad agrada la mujer vestida tanto como la verdad desnuda; mientras que en el campo insurrecto campean las mujeres desnudas y las mentiras vestidas de verdades.

Anuncios.

Pérdida.— Desde Yara hasta el límite de Cinco Villas se han extraviado dos carrotones, uno cargado de vergüenza y otro de sentido comun. El que los encuentre se los de-
volverá á sus dueños, sin esperar gratifica-
cion, y prestará un gran servicio al género humano.

Ojo á la ganga.— En casa del doctor Soba se dan, sin mas interés que el puramente pa-
tríotico, confites de plomo y patentes de *es-
cuerzo* á los que padecen de afecciones pirá-
ticas. Sirva esto de aviso á los pacientes.

Se vende una partida de 5,000 garrafones
que tuvieron Ginebra de la Campana y que
perteneieron al *templado* Aguilera. En Ba-
yamo darán razon.

Velocípedos.— Se espera un cargamento de estos ágiles medios de locomoción, lo cual se avisa á los generales de la manigua que son los que con mas necesidad los están pidien-
do. Pueden anticiparse los pedidos á Nueva-
York, casa de los Sres. Goicuría, Ryan y C^a

Partes telegráficos de El Moro Muza.

LIBERIA.— Se teme una insurrección si lle-
gan á poner el pie en Africa los laborantes
cubanos. Aquí la gente tiene el cuerpo ne-
gro; pero no se quiere ver á las personas que
tienen negra el alma.

YUCATAN.— Continúan los lobanillos fasti-
diando á los laborantes. Un poeta español,
que tiene por lobos á todos los laborantes,
porque efectivamente, se parecen á los lobos
en lo cobardes y en lo malos, ha dicho, con
aplauso de los yucatecos:

Desde que á España unos pillos
Hacen por aquí la guerra,
Está plagada esta tierra
De lobos y lobanillos.

Santo del dia.

Santos Adan y Eva, patrones de la manigua.

Sabido es que en el campo insurrecto se ha resucitado el antiguo culto de los *Adanistas*, secta cristiana que tomó al padre Adan por modelo, y que para entrar en el templo imitaba la desnudez de nuestro primer pa-
dre. Figúrense nuestros lectores si la fiesta
será grande hoy en la manigua, cuyos habitan-
tes han exagerado las costumbres de los
Adanistas. Habrá, pues, *completas* lidiandas
y maitines profanos, con gozos de sin-
vergüincería capaces de abochornar al mismo
Céspedes.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.— Tiempo hace, compa-
ñeros, que no celebrábamos nuestras favori-
tas sesiones de *sobremesa*, y será bueno rea-
nudarlas, para tratar en ellas los asuntos
de público interés que se ofrecen á última
hora.

IBRAHIM ZARAGATE.— Sí, yo recuerdo con
placer aquellos días en que abundaban los
sinsontes, cuyos cantos eran demasiado duros
para darse con ellos en el pecho, aunque no
por eso dejaban de gustarme. Ahora, como
los sinsontes se han concluido.....

EL MORO MUZA.— No del todo, Ibrahim,
pues todavía, hoy sábado 20 de Noviembre,
han visto la luz diez sonetos.

IBRAHIM ZARAGATE.— ¡Caramba! ¿Conque
aun quedan diez personas que merezcan ser
cantadas en un mismo dia?

EL MORO MUZA.— Nó, hombre nó. Los diez
sonetos están dedicado á una sola persona,
y ni aun esa quedó desgraciadamente,
pues murió el año pasado; de manera que
son fúnebres los diez sonetos que hoy han
aparecido, y tan fúnebres que en uno de ellos
se dice:

Hoy hace un año que el dolor y el llanto
Miles pupilas de pesar bañaron
De los que en vida tu virtud ensalzaron.

IBRAHIM ZARAGATE.— Robusto verso es ese,
á mi modo de ver.

EL MORO MUZA.— Y tan robusto, que de
gordo revienta; pero por mucho que te lla-
me la atención ese verso, mas me la llama á
mí aquello de las pupilas, pues me deja en la
duda de si serán pupilas de algún colegio
muy pupilos, como que en él las tales pupilas
se cuentan por miles, y si dichas pupilas
tendrán el encargo de bañar el llanto y el
dolor, ó si serán estos últimos los que ba-
ñen las pupilas de los ojos. Para no errar,
lo mejor será dejar en paz á las pupilas y pa-
sar á los brindis.

ALMANZOR.— Empiece usted, señor Moro.

EL MORO MUZA.— Pues bien, amigos; el

juéves vimos salir al 2º batallón de Volun-
tarios de la Habana para Vuelta-Abajo, y yo
no puedo menos de consagrar aquí un recuer-
do patriótico brindando á la salud de ese ba-
tallón y diciendo:

Primer en suerte, si en formar segundo,
Le hemos visto partir, dando una prueba
De tener á la patria amor profundo,
Divino amor, que al pensamiento eleva,
Decir dejadme, y que lo escuche el mundo:
¡Viva ese batallón que airoso lleva
Con honor la bandera castellana!
¡Vivan los Voluntarios de la Habana!

AMURATES.— Todos nos unimos á usted,
señor Moro, en la expresion de esos loables
sentimientos, y yo, á mi vez, sabiendo que
el gobierno español, haciendo justicia al in-
clito conde de Valmaseda, trata de conceder,
ó ha concedido ya el segundo entorchado á
ese general ilustre, quiero brindar á la salud
del Gobierno, que, al mismo tiempo que re-
compensa á los héroes, trata de castigar útil-
mente á los revolucionarios de la Península.

¡Vivan los ministros justos!
¡Viva el español gobierno,
Que repartir cuerdamente
Sabe la pena y el premio.

Pues, para salvar la patria,
No han de faltar, vive el cielo,
Ni el castigo para el malo,
Ni el galardon para el bueno.

ALMANZOR.— Ese bríndis merece tambien
los unánimes aplausos de la asamblea moru-
na; pero yo, que siempre fuí dado al bello
sexo, y espero serlo cada vez mas, viendo que
en Villaclará están las señoritas bordando una
bandera para los Voluntarios españoles, y
que en Taguayabon la señorita Fundora ha
salvado la vida á un voluntario, á quien, es-
tando herido, retiró del lugar en que yacía,
con peligro de morir ella en tan generoso
acto de fraternidad patriótica, brindo á la
salud de las bellas cubanas que se inmorta-
lizan dando pruebas de valientes y buenas
españolas, y á quienes diré para concluir:

Prendas de mi corazon,
Pues tan bien sabeis portaros,
Quiero un bríndis dedicaros
Lleno de dulce pasion,
Quiero dar satisfaccion
Cumplida á vuestros antojos;
Y en fin, contemplar de hinojos
Esa luz en que me abismo,
Que es la luz del patriotismo
Fulgorando en vuestros ojos.

EL MORO MUZA.— Todos somos Almanzo-
res en este asunto.

AMURATES.— Si señor, todos haremos jus-
ticia á las lindas y buenas hijas de Cuba; pe-
ro, aunque no todo es uno, ¿qué se dice de la
abdicación de la ex-reina Isabel? ¿Es verdad
que esa abdicación carece de importancia?

EL MORO MUZA.— Yo o que esa abdi-
cación es la única cosa que merezca tomarse
por lo serio de cuantas nos ha comunicado
el telégrafo á propósito de candidaturas; pe-
ro ya hablaremos del particular otro dia,
pues ha llegado la hora de levantar la sesion
de *sobremesa*.

EL MORO MUZA.